

## CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS

LA RELIGIÓN, guía divina del hombre, que lo recibe al nacer de los brazos de la madre, y lo acompaña durante su vida, dedica un acuerdo todos los finados haciendo un llamamiento á la humanidad para que entonces una plegaria por los que nos han precedido en la señal de la fe, y duermen tranquilos el dulce sueño de la paz. La Iglesia Católica en este día, después de rezar por todos los santos no comprendidos en el santoral, anuncia, con el tañido fúnebre de las campanas, el momento solemne del recogimiento y de la oración, para recordar a nuestros seres más queridos, estableciéndose el mudo diálogo del que vive con el que ha muerto cuyos ecos se suceden en el espacio como un tierno gemido, como la halagadora esperanza de la resurrección universal.

Las tempestades que las pasiones políticas levantan, el orgullo de clase, de riqueza ó de ciencia, las rivalidades que se fomentan, las odiosidades que nacen de la envidia, de la opulencia, de la vanidad, todo lo que alimenta la vida del hombre teniendola en constante efervecencia, viene a confundirse en el mismo polvo. En la tumba, todo acaba, y sólo se levanta como triste compensación de lo efímero de nuestra existencia, el vago recuerdo de afectos que se van extinguiendo como el fuego de un volcán enfriado por la acción del tiempo y de los elementos.

La humanidad vuelve á sus luchas, avanza, se revuelve en el torbellino de las ambiciones y olvida este triste paréntesis, dejando á los muertos en su soledad, para extraviarse de nuevo en el dédalo de los placeres. El ¡ay! que la humanidad en este día exhala, se desvanece luego cual fuego fatuo; y el *REQUIEM* de hoy se transforma mañana en tumultuosa algazara. Por eso no debemos olvidar a los muertos en el único día que les está consagrado, ofreciéndoles el piadoso tributo de la oración.

Todos los pueblos han rendido culto á los muertos: los druidas, sacerdotes de los galos, celebraban esta fiesta como nosotros, en la noche del 1º al 2 de Noviembre, por lo que vemos que algunas de sus prácticas se han conservado entre los pueblos cristianos. En este día solemnizaban con el fuego sagrado la purificación de sus culpas, y creyendo ciegamente en la inmortalidad del alma, enterraban con los muertos sus libros de cuentas como si debieran dar razón de ellos en la otra vida, dirigiendo también cartas a los difuntos, que depositaban en los sepulcros o sobre la pira.

Los hebreos conmemoraban esta fiesta, llamada *SRAD-DA*, en el mes de mayo: reuníanse los sacerdotes en un banquete, y en él discutían los misterios de ultratumba. Este pueblo que conservó en la antigüedad incólume la idea de un sólo Dios, tuvo gran reverencia a los muertos, y sus cantos y plegarias han sido aceptadas por el Cristianismo, ya que de la religión judaica dimana la nuestra.

Todos los pueblos han creído en la inmortalidad del alma: los griegos quemaban los cadáveres considerando que el cuerpo no es más que la envoltura del espíritu, los egipcios, no viendo en la vida sino una peregrinación dirigida hacia la eternidad, se ocupaban más en fabricar sepulcros que casas, como nos lo demuestran aquellas ingentes Pirámides, aquellas vastas ciudades de muertes cerca de Tebas, Licopolis, Menfis y Abidos, donde el hombre debía pasar innumerables años, bajo el cetro de Osiris y de Isis.

En la antigüedad fueron los egipcios quienes mayor culto rindieron a los finados, siendo de lamentar únicamente que llevaran su vanidad hasta más allá de la tumba, pues en las momias se adivinaba la posición social, la alta gerarquía la opulencia del muerto, por haber sido muy distinta la forma del embalsamamiento entre ricos y pobres. Encontráronse algunas momias con la cabeza y el pecho ceñidos de guirnaldas, de flores y de hojas de acanto y de aroma, árbol que se halla en abundancia en todas las orillas del Nilo, la flor del aroma es amarilla cuando está fresca, y tiene tal consistencia,

que se asemeja a una obra de arte, estando sus hojas fuertemente enlazadas aún después de marchitas.

La mayor parte de nuestros escultores representan la muerte bajo la figura de un esqueleto empuñando una guadaña o un reloj de arena. Los libros sagrados, con un aquijón en la mano ó teniendo las llaves del infierno, los etruscos la pintaban con un rostro horrible, colocándole una cabeza de Gorgona, erizada de culebras, entre los romanos la muerte aparece como un genio triste e inmóvil teniendo una antorcha apagada y vuelta al revés, y los helenos poéticos siempre en sus símbolos, le dan una bella representación mostrándonosla con un pié alado, cerca de un caduceo, y una mariposa encima que emprende su vuelo.

¡Esta mariposa es la imagen del alma subiendo al cielo!

México, octubre de 1885  
Francisco de Paula Flaquer

(*El Album de la Mujer*. Año 3, T. III, T. V, n. 17, México, nov. 1885, p. 162.)